
Vida de lago

David James Poissant



novela  edhasa

VIDA DE LAGO

DAVID JAMES POISSANT



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Lake Life*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: istockPhoto

Diseño original cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición impresa: julio de 2021

Primera edición en e-book: septiembre de 2021

© David James Poissant, 2020

By arrangement with the Author. All rights reserved.

Publicada bajo acuerdo con Edhasa S.A (Argentina)

© de la traducción: Teresa Arijón y Bárbara Belloc, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4824-8

Producido en España

*Para mis padres, que me dieron el agua,
y para Marla, que me enseñó a nadar.*

VIDA DE LAGO

Primera parte

Viernes

El niño en la parte de atrás de la lancha, riendo.

El cielo grabado en peltre amenaza de lluvia.

Michael Starling, treinta y tres años, cobijado en el bote de pesca de su padre, mira la otra lancha, el niño, la bahía; el agua que ya no será suya porque los padres de Michael van a vender la casa.

Llegaron ayer –Michael y Diane, Jake y Thad– y les dieron la noticia: Richard y Lisa Starling no van a pasar sus años de retiro en el lago. En una semana, la casa de verano de la familia se venderá para que, en cambio, los padres de Michael y Thad puedan mudarse a un rincón de la costa de Florida, lleno de arena, tipos que piden margaritas a los gritos y otro montón de cosas claramente no-Starling.

Esta decisión no encaja con los padres de Michael. No son gente estilo Florida. Son exhippies, académicos. Aman los lagos fríos de montaña, las corrientes claras y frescas, los árboles que cambian de color en otoño. Sus veranos son los veranos de Carolina del Norte, cielos estrellados y la casa rodante modificada, ya sin ruedas, que la familia llama con cariño «la cabaña del bosque».

¿Dónde se metieron los padres de Michael? ¿Quiénes son estos locos desatados que se tiran de cabeza y salpican para todas partes y flotan en cámaras de neumático en las serenas aguas de un día de verano en Lake Christopher?

En la orilla, una garza picotea los juncos en busca de pescado. Arriba las nubes cubren y descubren el sol.

Una mañana en el lago –sándwiches, nadar–; éste era el plan de los Starling antes de que apareciera la nave invasora, abriendo las aguas tras de sí como un cierre relámpago, sin importarles los nadadores ni la prohibición de hacer olas en la bahía. La lancha echó anclas demasiado

cerca, y el hombre al timón se descubrió la cabeza y saludó con la gorra –¡una gorra de capitán!– desde cubierta. Dio un grito de alegría, escupió restos de tabaco al agua y subió la música a un volumen muy, muy alto.

Estas no son las reglas de etiqueta del lago. Esto no se hace.

Lake Christopher no es un salón de fiestas, y ésta no es una bahía ruidosa. Los residentes más antiguos del lago se esfuerzan para que así sea, y han sobrevivido décadas de desarrollo inmobiliario y dos amenazas de expropiación, una pública y otra privada.

En la embarcación intrusa atruena Jimmy Buffett; pintado de rosa, el nombre: *The Party Barge*. Las lanchas resplandecen grises bajo el cielo gris.

Al padre de Michael no parece importarle.

–¡Vengan! –le grita al hombre de la gorra de capitán. Entonces todos los del *Party Barge* saltan al agua, todos excepto el niño («oído de nadador», dice su madre, «una lástima») y su hermana mayor, que se queda a bordo para vigilarlo. Al rato, sin embargo, la hermana está acostada boca arriba bajo un toldo en la cubierta, los ojos cerrados, los auriculares puestos.

Michael observa al niño y necesita un trago.

El niño tiene cuatro, quizá cinco años. Donde deberían estar sus bíceps hay un par de flotadores color calabaza. Camina hacia el motor fuera de borda, cubierto por una funda de lona, y lo monta a horcajadas. Un jinete de bermudas plateadas. Su caballo tiene un tatuaje que dice «Evinrude», su pista de carreras es el agua manchada de sol.

–¡Arre! –grita.

A alguien podría parecerle simpático. A Michael, no.

Los flotadores abultan como brazaletes de tensiómetro. Una mano suelta una rienda invisible y el niño hace estallar una bolsa de Cheetos en su regazo. Gira la cabeza para observar a su hermana que continúa con los ojos cerrados, y a sus padres que se alejan nadando. Michael sigue la trayectoria visual del niño. Cuando vuelve a mirar, ve un dedo. Es un dedo medio, que parece un Cheeto, y está levantado en dirección a Michael.

Michael cierra los ojos. ¿Por qué está observando a ese niño? Ni siquiera le gustan los niños. Abre los ojos. El niño le saca la lengua.

«Eh», Michael quiere gritarles a los padres negligentes, «su hijito de mierda me está insultando y su otra hijita de mierda duerme como un tronco».

Michael tendría que estar nadando, pero su cabeza es una cueva atestada de murciélagos. La sobriedad es un revuelo de alas dentro del cráneo. Ecolocalización detrás de los ojos. Necesita vodka, ya mismo, pero al levantarse esta mañana se encontró con una jarra de zumo de naranja vacía y era impensable subir una botella al bote sin que lo pescaran. Su familia tolera muchas cosas, pero vodka antes del mediodía, no.

El niño se lleva la bolsa de Cheetos a la boca y su mentón y su pecho se cubren de polvo naranja. Después tira la bolsa al lago. Mira fijo a Michael como desafiándolo a decir algo.

Es una sensación nueva esto de ser intimidado por un niño, pero a Michael no le importa mucho. Se agarra la cabeza. Añora su minibar. No extraña su casa. Prefiere estar aquí que en Texas. Ha pasado todos los veranos en este lago desde que tenía dos años, y si hay un lugar donde se siente en paz, es aquí.

El niño se arrodilla sobre la funda del motor y se acerca al borde para espiar el agua.

La familia del niño no es de aquí. Michael los había catalogado como forasteros. Pero los forasteros alquilan lanchas en la marina, y ésta no es una lancha alquilada. Es una Avalon Ambassador, 90 000 por lo bajo, una embarcación que hace que el bote de pesca de seis asientos de los Starling se parezca a la balsa de Tom Hanks en *Náufrago*. (El padre de Michael lo bautizó *The Sea Cow* y pintó el nombre a mano con pintura azul de pared, nombre que ahora, treinta años más tarde, quedó reducido a un borroso *a Cow*.) No, estas personas –la madre con sus gafas de sol Dolce & Gabbana, el padre con su falsa gorra de capitán– no son lugareños ni están de vacaciones. Son flamantes propietarios de una casa en el lago a bordo del también flamante obsequio que el capitán se hizo a sí mismo para paliar la crisis de la mediana edad. Es

muy probable que, mientras la Ambassador ingresaba en la bahía, la madre estuviera cortando las etiquetas de los precios de una pila de toallas.

Son personas ruidosas que exhiben ruidosamente su riqueza. Para Michael, estas personas representan todo lo que está mal en los Estados Unidos ese 2018.

Los parlantes se remueven. Las guitarras ensordecen. Y, por el amor de Dios, ¿no hay nadie que le lleve una maldita hamburguesa con queso a Jimmy Buffett para hacerlo callar?

En la línea de la costa, la garza hunde el pico y lo saca embarrado.

En la Ambassador, la chica que se suponía debía vigilar a su hermano duerme profundamente. Es joven, rondará los veinte, bikini, cuerpo torneado y bronceado color miel. Tiene la edad y la figura que tenía Diane cuando conoció a Michael aquí mismo, en esta bahía, quince veranos atrás.

El niño ya no está de rodillas. Ahora está agachado sobre el motor. Su hermana cambia de posición mientras duerme, y Michael piensa que los hermanos tienen tanta diferencia de edad que el niño podría ser un error. Tal vez el accidente que está por ocurrir ha sido un accidente toda su vida.

Al primero lo asfixias de cariño. Los otros se crían solos, ha oído decir.

Michael no quiere un primogénito, nunca quiso. Ése era el acuerdo. Ése fue siempre el acuerdo.

Diane flota sobre una colchoneta hinchable en el agua azul, boca arriba. Hasta dentro de un par de semanas no se le notará, aunque a veces Michael jura que ve la sombra de algo, un contorno, una gordura. Su esposa no es gorda, pero ya no es la chica de la lancha. Michael desearía que lo fuera y, al desearlo, sabe que eso lo obliga a *hashtaguear* «una cosa o la otra». No quiere ser uno de esos hombres que quieren una mujer joven y en forma. Pero no querer serlo no apacigua el deseo. Añora la juventud, la suya y la de su esposa.

¿Eso lo vuelve sexista? Su madre diría que sí. Su padre diría que no. A su hermano Thad no le importaría, y Jake ni siquiera sabría de qué está

hablando. Jake, el rico, atractivo y esbelto novio de Thad, es joven. Es ingenuo. Vive en Nueva York y pinta cuadros para otras personas ricas, atractivas y esbeltas que viven en Nueva York. Hasta donde Michael sabe, el interés de Jake por otras personas se mide por los dólares que pagan por sus cuadros.

En el agua, Jake y Thad juegan con una pelota de fútbol. El padre de Michael y el falso capitán se ríen; de sus braguetas brotan burbujas, rojas, obscenas. Las madres están paradas en el agua y conversan; Diane flota cerca de ellas, sobre su colchoneta.

La chica que estaba dormida se incorpora. Le dice algo al hermano que Michael no puede descifrar bajo el estrépito de Jimmy Buffett. Revisa su teléfono, lo apoya a un lado, vuelve a acostarse y cierra los ojos.

Desde su colchoneta, Diane no quiere mirar a Michael.

Durante quince años han sido felices. Bastante felices. Al menos, estaban satisfechos, hasta que Diane hizo un cambio drástico. «La gente cambia», dijo. Michael no está tan seguro. ¿Diane cambió o lo engatusó? ¿Esto no será lo que quiso siempre?

Michael va hacia la silla de su padre en el timón y activa el rastreador de peces. La profundidad del agua es de dieciocho metros. A los quince metros, una silueta grande de color gris atraviesa la pantalla, un bagre tal vez, o una rama de árbol que se pudre bajo el agua.

Su madre se ajusta el sombrero de ala ancha que la protege del sol; «el sombrero del cáncer», así lo llama ella, un intento de tomar las cosas a la ligera que le pone a Michael la piel de gallina. Probablemente le está contando a la otra madre que derrotó al cáncer de piel. Una vez más, Michael piensa: «¿Florida? ¿En serio?».

Ahora sí que se divierten los murciélagos. Falta poco para que empiecen a temblarle las manos. De verdad, de verdad, pero de verdad que necesita un trago.

El niño apostado sobre el motor vuelve a mostrarle el dedo medio. Los auriculares de su hermana han saltado de sus orejas y tiene la boca floja por el sueño.

La garza en los juncos se rinde y levanta vuelo, sin pesca. El niño la mira, y Michael sigue los ojos del niño que siguen al ave.

El niño sonríe. Se pone de pie. Después cae por la borda.

El peso de su cuerpo lo empuja hacia abajo, y los flotadores saltan de sus brazos como corchos de champán. Una mano rompe la superficie, cachetea el agua, pero los flotadores se escapan, anfibios, de su alcance. La mano no rompe la superficie por segunda vez.

Y Michael fue el único que lo vio: vio pararse al niño, después caer; vio cómo la parte de atrás de su bañador golpeaba contra el motor fuera de borda, duro; lo vio deslizarse por el costado; vio, en los ojos del niño, el agua abajo y el sol arriba, una transmisión, una palabra telegrafiada del niño al hombre. Y esa palabra era: «Por favor».

Michael se levanta, se saca los zapatos, se quita la camiseta. Llama a los otros, un grito que no sabe si será escuchado por la música a todo volumen de la lancha. Se zambulle. Nada. Gira la cara para respirar y vuelve a pedir ayuda, pero no puede parar. No puede perder el ritmo.

Por delante no hay chapoteo, no se ven manos. Tres brazadas más y Michael ya está cerca. Respira hondo y se sumerge. Busca unas bermudas plateadas, unos dientes, cualquier cosa que pueda reflejar la luz en el lecho de un lago. Pero a tres metros de profundidad la luz es escasa y el agua lóbrega.

Se tapa la nariz, expulsa aire por las orejas para igualar la presión.

Cuatro metros y medio. Seis. A ciegas, pero a manotazos. Puñados de agua, pero ningún niño.

Vamos.

Excava el agua, empuja. ¿A qué profundidad está? ¿A qué velocidad se hunde un cuerpo?

La luz ha desaparecido, y el agua se pone más fría cuanto más profundo baja. Pase lo que pase, no debe perder la noción de arriba y abajo.

En secundaria podía contener la respiración durante un minuto, pero la secundaria quedó atrás. Le laten los oídos. Sus pulmones son carbones ardientes. Si esto se prolonga demasiado, respirará por reflejo. No puede estar bajo el agua cuando eso ocurra.

Tiene que salir a la superficie. Salir a la superficie o ahogarse. Excepto. Excepto...

Un murmullo. La danza de algo que está fuera de alcance. Pantalones oscilando. El rosa de las uñas. O el niño está ahí abajo o Michael está muerto y lo está soñando.

Entonces atrapa una mano.

No puede verla, no puede descifrar la mano del niño en la suya, pero la tiene. La mano está allí, y eso es bueno. Es una mano con la que puede nadar. Subirá a la superficie aferrado a esa mano y no la soltará.

Después, en el hospital, Michael se hará muchas preguntas. Digamos que hubiera bebido un trago esa mañana, sólo para tranquilizarse. Digamos que el *shock* que le produjo la revelación de sus padres, la casa en venta, no lo hubiera llevado a beber tanto la noche anterior. Podría haber agarrado esa mano con más fuerza y emergido a la superficie.

Pero eso no es lo que ocurre.

Lo que ocurre es que Michael patea al niño.

No quiere hacerlo, pero bajo el agua los cuerpos pesan, y nadar con un solo brazo es difícil. El cuerpo del niño es un lastre. Lo patea. Y de repente, la mano ya no está.

Michael exhala, pero ya no le queda aire en los pulmones.

Ahora nada en la dirección equivocada. El niño está abajo. ¿Entonces por qué Michael sube? No puede subir sin el niño. Debe regresar, pero su cuerpo no se lo permite. Algo se ha apoderado de él, y ese algo en él quiere vivir.

Patea, araña, pero no hay luz. Imposible encontrar la dirección sin la brújula del sol.

Entonces, un resplandor vago. Un objeto que pasa sobre su cabeza.

Ha escuchado historias. Bagres del tamaño de zepelines. Esturiones acorazados como caimanes, de tres metros de largo. A menos que eso que ve sea su alma, que asciende dejándolo atrás.

No.

Está vivo. Vive y está nadando. El pez o alma aumenta de tamaño, y Michael nada hacia él.

Ha perdido toda noción de distancia, espacio y tiempo. Todas las dimensiones son agua. Estallan fuegos artificiales detrás de sus ojos y una sirena le grita que respire.

Respira de una vez, piensa. Reúnete con el niño. Acaba con esto.

Excepto que la vida de Michael no es sólo suya. Es un padre. Su vida está marcada por lo que va a nacer. Esta verdad lo golpea con una fuerza tan grande que apenas se da cuenta de que su cabeza choca contra el casco de la lancha.

Todo es agua. Después, luz. Después, aire.

Tose, jadea y vomita. Respira.

Por encima de él, la chica grita. Su hermano está en el fondo del lago. Ahora, seguramente, ya descansa. Seguramente ha dejado de luchar. Ha dejado de gritar el nombre de su hermana bajo el agua.

Michael siente gusto a sal. La sal es sangre, y la sangre es suya.

No puede sumergirse. Vuelve a sumergirse. Va a morir.

Es un padre.

Su vida no es suya.

Más allá de la lancha, otros se arrojan de sus colchonetas y nadan hacia él. Y, a lo lejos, unos flotadores, separados del cuerpo, giran, se arremolinan, succionados por la corriente. Se orbitan uno a otro. Confabulan en el iris del ominoso parpadeo del agua.

Las lanchas cruzan la bahía buscando al niño. A través de los prismáticos, Lisa Starling observa. Podría haberse cambiado de ropa. Después de nadar hasta la orilla, después de marcar el 911 y ayudar a Michael a subir a la ambulancia, antes de agarrar los prismáticos y regresar al borde del agua, podría haberse puesto ropa seca. Pero justo ahora se da cuenta de que todavía está en malla. De todos modos, está bastante seca. El aire cálido ha absorbido el agua de su piel.

Esta mañana, cuando despertó, el cielo estaba azul. Ahora el cielo está gris, cargado de nubes. Color carroña, piensa, aunque no está segura de que ese pensamiento tenga mucho sentido. Pero hay un niño en el fondo de un lago, y por lo tanto el mundo no tiene sentido.

Lisa cree en Dios, aunque no le gustaría conocerlo hoy.

Todo a lo largo de la bahía, vecinos parados en las cubiertas y sentados en los muelles. Se amontonan en la orilla y en la punta. En el otro lado, un hombre sale de su casa con equipo de buceo, entra en el agua, el oxígeno en la espalda, aletas en los pies, la válvula reguladora en la boca.

Un par de lanchas de la policía impiden que otras embarcaciones entren en la bahía. Las lanchas son azules y blancas y desde sus techos los reflectores brillan bajo el cielo gris plomo. Arriba, un helicóptero atraviesa las nubes.

Lisa baja sus prismáticos. Son Swarovski Swarovisions. Tienen ocho grados de aumento, porque le gusta que los pájaros que observa se vean nítidos. Son pequeños, porque le gusta que sean livianos. Son unos de los mejores prismáticos del mundo. Ella lo sabe. Ayudó a clasificarlos para la Cornell Lab Review del año pasado.

Vuelve a levantar los prismáticos. El bote de pesca de los Starling todavía está ahí, anclado junto a la lancha de la otra familia. Una tercera lancha policial se mece entre ambos. Hace unos minutos, dos buzos saltaron de esta lancha con linternas grandes como megáfonos.

Su esposo, Richard, ha ido a reunirse con la otra familia en su lancha. Parece cansado, la cara amarilla, rígida como resina. Está quieto, con una mano sobre el hombro del hombre que han conocido hace apenas unas horas. El hombre se sacó los anteojos de sol, la gorra de capitán. Aferra la mano de su esposa. La cara de la hija está oculta en el regazo de la madre. La hija y la madre lloran. Hace una hora que lloran mientras los hombres observan el agua sin decir nada.

Lisa baja los prismáticos. Siente el frío de la correa en el cuello.

Tendría que haber ido al hospital con Michael y Diane, pero siente que la necesitan aquí. Hay historias de niños que cayeron al agua, fueron rescatados veinte o treinta minutos más tarde y después resucitados. No por milagro, sino por biología. Si las condiciones son favorables. Si el agua está fría. Si uno permanece en la orilla y se queda mirando todo el tiempo que sea necesario.

Pero, si ha de ser honesta, ahora sólo están buscando un cuerpo.

Lisa sube la cuesta que lleva a la casa.

La casa es pequeña y vieja. «Distinguida», diría Richard. «Vieja no es, y yo tampoco». Bueno, pero están al borde. Lisa tiene sesenta. Su marido pronto cumplirá setenta. La casa del lago es más vieja que los hijos de Lisa, un remolque de los años setenta adaptado y reciclado como casa en los ochenta. Richard y ella la compraron por impulso, poco después del nacimiento de Michael. Su matrimonio fue turbulento. Se separaron dos veces, después llegaron a un arreglo: no más vaivenes. Seguirían casados, para bien o para mal. La casa de verano fue el apretón de manos que cerró el trato.

¡Y había sido flor de casa! Larga y rasa, ésta descansaba en la cima de la colina como un camión de bomberos descarriado, los postigos blancos, el revestimiento de cedro pintado de rojo. Un porche de barandas bajas al estilo de esos viejos búngalos «constrúyalo-usted-mismo» de Sears Roebuck la envolvía. Una hamaca hecha de retazos

colgaba en el jardín, entre dos árboles. Un sistema de riego conectado a un temporizador conservaba el verdor del césped cuando ellos no estaban, y el garaje para dos coches se había transformado en el lugar donde almacenaban los papeles cuando sus oficinas en Ithaca estaban llenas.

Después llegaron las tormentas del 86 y el 90, la ventisca del 93, el tornado –que les pasó rozando– de 2011. Y mejor no hablar de la gran invasión de hormigas de 2017. Por mucho que lo intentaron, mantener una casa de verano era trabajo, y ellos ya tenían trabajo de sobra. Richard enseñaba en Cornell, Lisa investigaba en laboratorios, los dos publicaban. Los veranos eran para descansar, no para hacer reparaciones. Así que descuidaron un poco la casa. En realidad, un montón.

Ahora, el porche está hundido. El revestimiento se ha puesto gris y tiene manchas de moho. Al techo le faltan tejas, y las pocas que quedan están cubiertas de musgo. ¿Y Lisa se lo está imaginando o toda la casa está un poco torcida? La hamaca del jardín se pudrió hace tiempo, y el jardín es un tapiz de césped y zonas reseca, de hormigueros y malezas.

El mes pasado, durante las negociaciones, Lisa y Richard hicieron tantas concesiones ante el informe de daños del inspector, que se prepararon para perder mucho dinero.

–Un momento –los previno su gestor–. Arreglen el lugar. El mercado está en franca mejoría. De aquí a un año podrían obtener veinte mil más que ahora.

Pero ¿qué sentido tenía? Las concesiones son una manera de rebajar el precio, nada más. Aunque prístina, la casa, vendida, sería inevitablemente demolida. El lago está cambiando, llegan inversores. En última instancia, lo que están vendiendo no es la casa, es la tierra.

A menos que Lisa cancele la venta. Dentro de una semana cerrarán el trato. Todavía no es demasiado tarde para esquivar una demanda. La conserven o la vendan, se queden o se vayan, sabe que Richard no va a contradecirla. Porque tenían un trato. Y Richard rompió el acuerdo, olvidó lo que significaba el matrimonio. El apretón de manos –la casa– tiene que irse. No es un castigo, más bien se trata de equilibrar la

ecuación. Para seguir juntos deben empezar de nuevo. Para empezar de nuevo tienen que vender la casa. Eso está claro para Lisa. Y sólo porque Richard no sabe que ella sabe no es razón para continuar como si nada hubiera sucedido. ¿O sí?

Lisa no está segura.

Sólo está segura de una cosa: la decisión es suya. Richard ya tomó su decisión. Richard renunció a su derecho a opinar.

Cuesta arriba. Sube los escalones del porche. La escalinata cruje bajo sus pies. Debajo, donde sus hijos acostumbraban jugar, ha crecido la hiedra, un escondite para las serpientes. Lisa saltea el quinto escalón, que está podrido. La barandilla tiembla. La madera es blanda como el corcho, como esos corchos que por estar demasiado tiempo en la botella se deshacen con el beso del sacacorchos.

Al llegar al último escalón se da la vuelta y una vez más acerca los prismáticos a la cara. Enfoca y aparece la madre. Lisa tendría que estar con ella en la lancha. Pero si estuviera en la lancha se transformaría en la madre, y ella ya fue la madre. No está dispuesta de ninguna manera a volver a pasar por esa tristeza.

¿Y por qué ocurre esto justamente ahora, durante la última semana que pasarán en el lago? ¿Por qué le roban la belleza de este momento con su familia?

Pero estos pensamientos son viles. Por un instante, siente asco de sí misma.

La otra madre es Wendy. Le dijo su nombre cuando estaban en el agua, y Lisa pensó en Peter Pan; no en la obra de teatro o la película de Disney, sino en el libro, uno de los libros preferidos de su madre, a quien perdió hace tres veranos. Cáncer, padres... Las humillaciones de volverse distinguido.

¡Dios, la cara de Wendy cuando esos flotadores aparecieron en el agua!

¿Quién estaba vigilando al niño? ¿Quién se suponía que debía vigilarlo? Michael no, pero lo vio y se tiró al agua y luego emergió debajo de una lancha.

Pobre Michael. Pobre Wendy. Wendy está devastada. Wendy nunca se lo perdonará a sí misma.

¿Y a dónde van?, se pregunta Lisa no por primera vez, no como si fuera la primera vez en su vida. ¿Dónde han ido el hijo de Wendy y la primogénita de Lisa y todas las almas de los niños que partieron demasiado pronto?

Si existe el cielo, los ha recibido. Después de todo, son niños. Si no inocentes, al menos sí lo bastante inocentes. Lisa imagina un País de Nunca Jamás para ellos, un lugar donde los fantasmas de los niños esperan, vuelan, hasta que sus padres van a buscarlos.

Lisa alberga esta esperanza. Reza.

Algunos días, lo único que la mantiene en pie es este pensamiento: si Dios es amor, ella volverá a ver a su hija.

Jake se ducha, y Thad se apoya contra el lavabo. Thad todavía no sabe cómo sucedió: el niño, la lancha, la cabeza de su hermano. Busca respuestas en el espejo del baño, pero lo único que encuentra es su cara pálida y sin afeitar. El espejo se empaña, y Thad limpia la condensación. Tiene que recortarse las cejas.

Desde la bahía nadaron hasta la orilla y corrieron cuesta arriba. Su madre llamaba mientras Thad intentaba convencer a su hermano de que necesitaba una ambulancia, Michael insistía en que estaba bien, que podía conducir, y Diane lloraba y apretaba una toalla empapada en sangre contra la cabeza de su esposo. Cuando llegó la ambulancia, Michael entró a regañadientes, Diane con él, y la madre de Thad se apostó en el borde del lago. Cuando Thad finalmente tuvo tiempo para pensar cómo estaba su novio, lo encontró en el baño.

–¿Todavía estás ahí? –dice Jake.

El vapor de la ducha no deja ver nada.

–Aquí estoy –contesta Thad.

¿Y quién es este chico con el que está desde hace dos años? Jake tiene veintiséis, cuatro menos que Thad, aunque a veces la brecha parece más amplia y Jake actúa como si tuviera dieciséis años. Ha llegado el momento de tomarse en serio: o se comprometen o se va cada uno por su lado. A Thad lo entristece que Jake no lo reconozca.

–¿Puedo tener un poco de privacidad? –pregunta Jake.

Thad quiere creer que ha oído mal. Abre la cortina de la ducha. Jake está quieto bajo el agua. Es menudo y ágil, con acné en el pecho. Tiene espuma en las manos, y tiene una erección.

–No lo puedo creer.

Jake cierra la cortina.

–Déjame en paz.

–Hay un niño en el fondo del lago –dice Thad–. Mi hermano está en el hospital.

–Estoy estresado –dice Jake–. Cuando estoy estresado, ocurre esto.

Thad sale del baño dando un portazo.

Estresado. Hay una explicación para la conducta de Jake, pero no es estresado. Jake está caliente. Jake siempre está caliente.

Thad también estaba caliente. Antes de la marihuana, antes del régimen de Xanax, Paxil y Seroquel. El pene le funciona, pero el deseo se convirtió en humo. Tendría que desear a Jake. Jake es hermoso. Es exitoso. Es bueno con Thad, o bastante bueno. Y bastante bueno, dado el prontuario de Thad con los hombres, debería bastar y sobrar. Pero no.

Si Jake lo escuchara, si le preguntara cómo le fue el día, si le mostrara cariño fuera del sexo. Eso, para Thad, se parecería mucho al amor.

Va hacia la mesa de la cocina. En una casa rodante, la cocina, el comedor y la sala comparten un mismo espacio. Dos de las patas de la mesa están apoyadas sobre la alfombra; las otras dos, sobre un suelo de linóleo color pasta seca. El suelo es viejo, de esos que se pegan a las suelas de los zapatos. Thad siente hambre, y después vergüenza por sentir hambre. ¿Cuánto hay que esperar para comer después de una tragedia?

Fuera, su madre sube la cuesta. El césped está alto. Si no tiene cuidado, se tropezará con la estaca del juego de la herradura.

El silbido de Jake llega desde el baño. Ahora silba un himno, «Come Thou Fount of Every Blessing», en clave menor. Como buen baptista recuperado, Jake conoce todos los himnos, cada palabra de cada verso. Para él, crecer fue sinónimo de ir a la iglesia los miércoles, los sábados y dos veces los domingos. Thad iba a la iglesia los domingos por la mañana, una o dos veces por mes, y sólo si su madre insistía. (Ella nunca consiguió que su padre cruzara el umbral de ningún templo). Thad le dio una oportunidad a la iglesia de su madre, pero desde muy chico ya sabía quién era y, aunque esa iglesia no lo condenaba, tampoco era un lugar donde pudiera alzar la cabeza mientras rezaba y encontrar

a otros como él sentados en los bancos. Allí las parejas eran hetero. Los solteros eran heteros. La pastora era una mujer casada con un hombre. Nada de eso le resultaba particularmente alentador. Nada de eso le parecía suyo.

No ha pisado una iglesia desde que tenía doce años. Y, aunque juzga el infantilismo ocasional de Jake, hay días en que Thad también se siente un niño. Como si, después de abandonar la universidad, añorara una clase a la que asistirá otro. Así se pagan los impuestos. Así se utiliza una chequera. Así se conserva un empleo.

¿Cómo habían hecho sus padres para mantener su empleo durante treinta años y permanecer casados treinta y siete? Su amor es real. Su trabajo es importante. Si *googlea* el nombre de alguno de los dos, aparecen un millar de resultados.

Entonces, ¿cómo se las habían ingeniado para criar a dos hijos tan tontos?

La madre de Thad llega al porche, pero no entra. Se detiene en el último escalón y observa el agua con sus prismáticos.

Thad va a extrañar esta casa, la casa de los veranos, de los juegos de cartas y de la herradura, del pescado frito y la música y los helados y el amor. Pero ésta no es la casa que Thad recuerda. Las paredes tienen marcas de agujeros y clavos donde antes colgaban pinturas. Hay cajas amontonadas en los rincones, apiladas o abiertas, a medio llenar. Las estanterías están vacías. Los adornos y las baratijas que su madre compraba en los mercadillos están envueltos en papel de diario. Los retratos familiares enmarcados, ya en papel madera, mirando la pared.

La única concesión a la ornamentación es la pintura de Jake: un regalo del año pasado, en ocasión de su primera visita al lago. En la pintura, una chica sostiene media granada en la palma de la mano. Un querubín revolotea sobre su hombro. A sus pies, una brújula señala el norte. Uno de los pechos de la chica está al descubierto. Todo esto se suma para expresar algo simbólico, aunque si le pusieran un revólver en la cabeza Thad no podría decir qué. Una parte de él se pregunta si el propio Jake podría saberlo. Jake podría ser un genio o un farsante. Y si alguien trata

de analizar su obra, problema suyo. Thad sólo recuerda que respiró aliviado cuando su madre no protestó por la teta díscola.

Su madre, como norma, es atenta e infaliblemente cortés. La imagina empaquetando, preguntándose si debe llevarse la pintura o devolvérsela a Jake. Thad no diría que la preocupación materna carece de motivo. Jake tiene un gran ego, y la sensibilidad que lo acompaña. Pero, una vez más, es posible que ni siquiera haya notado que su pintura es la única que permanece colgada. Jake a veces tiene problemas para dejar de mirarse el ombligo. A los veinticuatro años, ya había hecho dos exposiciones individuales. A los veinticinco, le dedicaron artículos en *Artforum*, *New American Paintings* y el *Times*. Sin ir más lejos, la semana pasada el *New Yorker* consagró tres páginas a su tercera muestra individual y lo calificó como el próximo gran éxito de Brooklyn, además de elogiar la «ironía mordaz» y el «refrescante exceso» de su obra. Jake fingió que no le importaba, pero Thad lo pescó leyendo el artículo por lo menos seis veces. Tuvo una sola reseña mala. Un artículo publicado en *Art in America* eligió una muestra grupal y tildó la obra de Jake de «torpe, desesperada y ansiosa por complacer», línea que lo dejó postrado en la cama tres días seguidos.

El silbido se diluye, reemplazado por una nota baja. Jake ha encendido la radio Sharper Image para ducha que regaló a los padres de Thad para Navidad y que es probable que nadie haya usado jamás, excepto el propio Jake.

Thad va al pasillo. Apoya la oreja contra la puerta del baño, y entonces lo oye. Sobre la catarata del agua, el zumbido del extractor de aire, el tarareo de Bell Biv DeVoe cantando «Poison», Thad distingue el suave cacheteo de su novio haciéndose una paja.

La madre de Thad cruza el porche. Thad entra en el baño y cierra la puerta. Queda empapado en cuestión de segundos: el baño tiene más vapor que aire.

¿Cómo lo hizo su hermano? ¿Cómo lo hizo para superar tanto cieno y oscuridad?

–Tienes que parar –dice Thad–. O al menos, no hacer ruido.

El cacheteo se torna frenético.

–Jake –dice. No quiere abrir la cortina.

El sonido afloja. Jake ha acabado. La radio se apaga. El agua se detiene. La cortina se abre y asoma la cabeza de Jake, ojos azules, dientes tan blancos que cualquiera pensaría que modela para un producto recomendado por cuatro de cada cinco dentistas.

Esos ojos, sin embargo. Thad ama a este chico. Jake le ha destrozado el corazón cien veces, pero es Thad quien se lo permite. La culpa no es del cardo sino de quien le da de comer.

Jake se seca el agua de la cara. El plan para mañana ya está confirmado, y Thad tendría que cancelarlo. Supongamos que lo hiciera; ¿Jake iría a Asheville sin él o se quedaría? Como fuere, hay un niño en el fondo del lago. Existen cosas más apremiantes que el almuerzo de mañana con el ex de Jake.

–No puedo creer lo que has hecho –dice Thad.

–No me ofendas –dice Jake.

–No te ofendo; me parece una falta de respeto.

–¿Una falta de respeto? Lo que hago con mi verga...

–¿No te importa nada?

Estar en el cuarto de baño es como estar en una boca. Todo está mojado: el espejo, el grifo, los picaportes resbaladizos y relucientes. Jake está ahí parado, chorreando, y Thad le ofrece una toalla, que acepta.

–¿Si no me importa que haya muerto un niño? –pregunta Jake–. Por supuesto que me importa, no soy un monstruo.

Thad baja la tapa del inodoro y se sienta. En la ducha, Jake se seca el cabello, que es corto y oscuro. Hay pocas cosas en el mundo que le gusten más a Thad que deslizar sus manos por ese cabello –limpio y suave– antes de que Jake lo unte con algún producto. Le gusta el pelo de Jake tal como es. Jake prefiere el *look* erizo electrocutado.

–Lo único que digo es que hay un tiempo y un lugar para cada cosa – dice Thad.

Jake se ríe.

–Tú no crees eso. Piensas que crees eso porque es lo que te enseñaron a creer. Nada de sexo. No en un momento como éste. Tú eres

respetuoso.

–Mi mamá está...

–¿Tu mamá?

A Thad le pica el brazo. Pasa el dedo por la cicatriz abultada, hinchada por el vapor.

–Yo te oí desde la otra punta de la casa. ¿Quieres que ella te escuche también?

–Ah –dice Jake–. Eso es otra cosa. Esos son modales. Eso sí lo respeto.

A Jake le importan mucho los modales. En la ciudad lo reconocen tanto por su arte como por su encanto personal. Frank DiFazio – respetado, temido, amado propietario de la Chelsea’s Gallery East, el hombre que hizo a Jake y bautizó a Jake (antes de Frank, Jake era Jacob)– lo entrenó. «Saqué al chico de Memphis y saqué a Memphis del chico», escuchó decir Thad a Frank una vez a un amigo.

–Lamento haber sido descortés –dice Jake. Se está secando. Es delgado pero no aniñado, musculoso pero no marcado. Thad alguna vez tuvo un cuerpo como el suyo, pero en los últimos años ha aumentado de peso. Demasiada marihuana, demasiados *snacks* después de la cena.

Jake sonríe. Es difícil seguir enojado con él.

Thad se levanta y Jake deja caer la toalla. Empuja la cortina de la ducha y pone una mano sobre la mejilla de Thad.

–Puedo hacerte sentir mejor –dice Jake. Su mano baja hacia la cintura de Thad–. Vamos. Te prometo que seré muy respetuoso.

La mano de Jake se desliza por debajo de su pantalón.

Thad lo empuja y Jake golpea la pared, fuerte.

–Dios –dice Jake.

Thad va hacia la puerta. Tiene que salir de allí enseguida o se pondrá a llorar. No quiere conocer al ex de Jake. No quiere perder a Jake. No quiere que un niño esté muerto.

–¿Te parece que lo van a encontrar? –pregunta Thad. Pero Jake no lo mira.

Cuando Jake se da la vuelta, su espalda es una celosía, los azulejos de la ducha han dejado su marca.

–Lo siento –dice Thad.

Pero Jake ya no le presta atención. Ha salido de la ducha y su atención está concentrada en el pequeño frasco negro que acaba de sacar de su neceser. Destapa el frasco, hunde dos dedos y empieza a embadurnarse el cabello.

Diane Maddox exhala. Diane Maddox, que cambió Tennessee por Texas. Diane Maddox, cuyos padres están divorciados. Diane Maddox, que se casó con Michael hace diez años y no usa el apellido de su esposo. Diane Maddox, que lleva un hijo en el vientre. Diane Maddox, que abortó en secundaria y no se arrepiente, pero no está dispuesta a hacerlo por segunda vez. Diane Maddox, que estudió para ser pintora antes de conformarse con ser una de esas profesoras de arte que no llegan a ser artistas. Diane Maddox, que se pregunta si treinta y tres años no es demasiado pronto para la crisis de la mediana edad, si es que las mujeres la tienen en verdad y, en tal caso, significa algo más que comprarse una moto estupenda para conseguir chicas. Diane Maddox, que ha sopesado su lugar infinitesimal en el cruel y excluyente mundo. Diane Maddox, que adora los pendientes largos. Diane Maddox, que siempre soñó con visitar Reikiavik. Diane Maddox, que creció mirando *Mad About You* y quiso ser Helen Hunt. Diane Maddox, que, en octavo grado, lloró –lloró– con el final de *Mad About You*, lloró porque Paul y Jamie ya no estaban juntos. Tendrían que haberlo intentado de nuevo, como los padres de Diane lo habían intentado de nuevo incontables veces; intentarlo de nuevo es la fórmula que expresa el dolor que siente una hija cuando algunas mañanas papá está en casa, comiendo Cheerios, y otras mañanas mamá dice «ojalá ese miserable se tire con el coche desde un puente». Diane Maddox, que es infeliz, pero para quien el divorcio no representa una opción (no está segura si porque quiere demostrar algo a sus padres o a *Mad About You*). Diane Maddox, que se pregunta si las cosas habrían ido mejor si ella hubiera tomado el apellido de su esposo, aunque todos sabemos que un apellido no puede salvarte. Un apellido no puede salvar un matrimonio, no

puede impedir que una casa se venda ni rescatar a un niño del fondo de un lago.

Diane está en la ambulancia. Diane no llora, mantiene la calma. Diane sigue las instrucciones del paramédico mientras la ambulancia atraviesa caminos secundarios y el paramédico toma la presión a Michael. Diane Maddox-no-Starling –y nunca es demasiado tarde para cambiar algo, pero a veces sí– aprieta el paño húmedo contra la cabeza del hombre al que ama. O amó. Hay días, digamos la verdad, en que no está segura. La sangre se encharca bajo la tela, «la frente es un área llena de vasos sanguíneos», dice el paramédico, «peor de lo que parece», y Diane entiende que esto significa «parece peor de lo que es», aunque no está segura. Van a tener que coserlo, aunque ella espera que no haya contusión, que no haya daño cerebral, que no haya nada permanente porque, para ser sinceros, ¿la chica que dijo «en la salud y en la enfermedad» puede hablar todavía por la Diane de treinta y tres años? Supongamos que Michael entra en coma o pasa el resto de su vida con pañales, bebiendo con ayuda de una pajita. ¿La Diane que dijo «sí, quiero» ama tanto a este hombre como para limpiarle el culo durante los próximos cincuenta años? ¿Y cómo amar a un hombre que ha dejado claro, si no con palabras sí con gestos de fastidio y resoplidos, como cuando saca hilos de los dobladillos raídos de sus vaqueros, que preferiría que ella no tuviera su hijo? ¿Ama tanto a Michael como para quedarse con él? ¿Se ama tanto a sí misma como para marcharse? Diane no lo sabe; lo único que sabe es que la sangre de Michael es real y caliente y no para de manar de su cabeza.

La ambulancia frena, las puertas se abren y Diane respira.

El hospital no es lo que esperaba. Pequeño, marrón y cuadrado, parece menos un hospital que un banco que alguien colocó en el medio del bosque. Una enfermera empuja suavemente a Diane hacia un lado en la acera; bajan a Michael en silla de ruedas y le piden que sostenga el paño contra su cabeza.

De todos los miedos que Diane ha conocido en su vida –miedo a volar, a las víboras, a que el signo menos en el test de embarazo se transformara en más–, ninguno puede compararse con el miedo de ver

que la cara de su esposo tiñe el agua de rojo. El paramédico empuja la silla de ruedas, la enfermera sostiene la puerta abierta para que entre Michael, y Diane lo sigue, sintiéndose inútil.

Dentro, la sala de espera está vacía, el suelo en damero. La mujer del mostrador de ingreso es grosera. Los pasillos son sofocantes. La sala de rayos está fría.

Después, Michael está sobre una camilla, y ella está a su lado. El Betadine surte efecto y Michael hace una mueca de dolor; tiene la frente color naranja. Cuando entra la aguja, Diane tiene que apartar la vista. Sostiene la mano de su esposo. Cuando vuelve a mirar, ocho puntadas frankensteinianas han cerrado su cabeza. Corren paralelas a las cejas y el nacimiento del cabello, como si la ceja izquierda de Michael tuviera una ceja propia.

Después llegan las radiografías, y todo está bien –lo suficientemente bien para este médico rural, en todo caso–, aunque Michael mira a Diane como diciendo: cuando volvamos a casa, pediré una segunda opinión. No es que puedan darse el lujo de pagarla, porque ya tienen suficiente con la hipoteca de una casa que vale la mitad de lo que pagaron por ella en 2007, cuatro tarjetas de crédito a punto de explotar y los préstamos para cubrir los estudios de Diane, que, por mucho que ella se esfuerce en ignorarlos, no van a desaparecer por arte de magia. Sin embargo, está contenta de ver hablar y sonreír a Michael. Sobre todo, está feliz porque no tendrá que cambiarle los pañales hasta que la muerte los separe.

Dicho esto, hay un pañal que no le importará cambiar dentro de siete meses.

Este amor por alguien que todavía no ha nacido, por alguien que ni siquiera es alguien... ¿cómo explicar este amor a su esposo? Ella le prometió que nunca querría un hijo, y en su momento la promesa fue genuina. El error no fue quedarse embarazada. El error fue hacer una promesa que no podría cumplir.

El médico se lava las manos. Dice que pronto vendrá una enfermera para explicarles todo lo relativo al cuidado y la limpieza de la herida, se seca las manos y se va.

Michael todavía está acostado sobre la camilla. Sus ojos enfocan el vientre de Diane, como si pudiera ver lo que hay dentro.

Vamos a tenerlo, quiere decir ella, pero no lo dice; todavía no.

No es religiosa, pero sí supersticiosa. Le parece de mal agüero pelear por el embarazo hoy, como si al hacerlo invitara al espíritu del niño muerto a entrar en ella, o pudiera maldecirla con un bebé de labios cianóticos, sin respiración.

Si el destino viene determinado por los pensamientos, por las palabras, lo menos que Diane puede hacer hoy es quedarse callada. Deja que su esposo le acaricie la mano. Sonríe. Y hay muchas, muchas, muchas, muchas, muchas cosas que no dice.